

PENSAR LA EPISTEMOLOGÍA UNIVERSITARIA EN EL DEBATE CONTEMPORÁNEO

Francisco José Presta

Universidad Nacional de Córdoba

Resumen:

El presente artículo aborda la situación epistemológica que atraviesa la universidad en tanto que institucionalización del saber atravesado por las demandas del mercado mundial. Resalta asimismo un itinerario histórico que da cuenta del ordenamiento de los estándares epistémicos que caracterizan su productividad científica atendida siempre en relación con la realidad social demandante. Por último, tendremos en cuenta cómo las demandas sociales en términos de mercado, obligan a tener presente tanto en el desarrollo teórico como así también en la productividad técnica de la universidad, un concepto de ciencia orientado a tales fines.

Palabras clave:

mercado global, epistemología, dialéctica, institucionalización del saber.

Abstract:

This article discusses the epistemological situation in college while institutionalization of knowledge is traversed by the demands of the world market. Also it highlights a historical route that realizes the system of epistemic standards that characterize scientific productivity always unattainable in relation to social reality plaintiff. Finally, we will consider how social demands in terms of market force to keep in mind both the theoretical development as well as in the technical productivity of the university, a concept of science-oriented purpose.

Keywords:

global market, epistemology, dialectic, institutionalization of knowledge.

Recibido: 19/06/2015

Aceptado: 21/07/2015

Desde sus orígenes la universidad, creada a partir de necesidades sociales y demandas de institucionalización cívica en el marco de la ciudad renacentista, tuvo que ser armonizada por la injerencia del Estado, ya muy desarrollado por ese entonces. En efecto, ante la iniciativa humanística de la universidad renacentista el papel del Estado siempre se hizo presente a sus demandas públicas aunque no de un modo absolutamente administrativo como en la actualidad. Finalmente a partir del siglo XIX, la estructuración del saber universitario en relación con la sociedad y el Estado, se visualiza claramente en una dialéctica que revela la lucha por armonizar el poder público. Por razones de espacio, no podemos reproducir la totalidad del desarrollo dialéctico que atravesó la universidad desde sus orígenes, pero podemos vincular esta relación dialéctica, entendida como categoría central del análisis contemporáneo que atraviesa la universidad, con la institucionalización del saber regido por las demandas del mercado mundial, para intentar luego un acercamiento a su productividad epistemológica.

Ante todo debemos aclarar algunas cuestiones preliminares de nuestro análisis. En primer lugar, la alusión a la dialéctica que presentamos aquí responde al método marxista¹ y mantiene siempre una relación con el mercado contemporáneo, por lo que no se trata de un poder susceptible de ser estructurado únicamente en la conciencia de los agentes intervinientes. En segundo lugar, nos interesa remarcar la variación de los estándares epistémicos de la investigación científica que responde a las demandas del mercado global, presentando variaciones asimismo en la concepción de ciencia² que elabora la universidad según la época que la caracteriza. Esto último nos permite remitirnos a un panorama más amplio a partir del cual pensar el debate contemporáneo sobre la situación epistemológica de la universidad.

Entonces, es necesario posicionar la universidad en el marco de la cultura

¹ De hecho, el método dialéctico parece ser lo único que Marx toma de Hegel. El materialismo histórico es un método que da cuenta de las contradicciones inherentes a las luchas de clases sociales pero siempre pensadas en relación con el mercado mundial ante el cual orbita lógicamente el capital como elemento vector de las fuerzas o coaliciones. Por ello, hemos de tener en cuenta que el método dialéctico elaborado por Marx en *Crítica a la economía política* (1859), muestra cómo se materializa la conciencia moderna, pues la ciencia entendida en los términos marxista no es un problema teórico sino práctico.

² Entendemos por ciencia, un método, no un determinado saber. No se trata de mostrar en qué medida la investigación científica impacta en la sociedad y de si lo hace efectivamente o no, sino de mostrar cómo la universidad orienta un concepto de ciencia a partir de las demandas sociales en términos de mercado.

contemporánea para señalar una diferencia epistemológica de época, entre el Renacimiento y la Modernidad, que es muy importante tenerla en cuenta porque visualiza cómo los estándares epistemológicos de su funcionamiento responden a su concepción científica. No es posible pensar la universidad como si se tratase de una entidad ajena a las demandas del mercado, ni mucho menos divergente del proceder científico que fomenta este, por ello marcamos una diferencia histórica en principio fundamental.

Es un hecho generalmente aceptado que la universidad como institución del saber, nació en el siglo XIII como expresión de la cultura renacentista, la cual, gracias a una abundante riqueza comercial, presente sobre todo en las ciudades más representativas del Renacimiento, posibilitaba una atención más estricta a la formación intelectual. Como la Antigüedad Clásica era modelo de vida y por lo tanto modelo asimismo de ciencia durante el período renacentista, fue precisamente en ese sentido retroactivo, pues era la universidad la que otorgaba valores a su propia productividad científica.

La diferencia con la Modernidad es muy relevante porque tenemos que remarcar ante todo que, en lo que respecta a la concepción de ciencia y su consecuente productividad, se invierte el sentido de la misma en cuanto el saber se involucra con el “progreso civil y técnico” del mundo burgués que se asienta definitivamente en el primer plano de la escena social durante el siglo XIX, y no antes. En efecto, el célebre historiador suizo Jacob Burckhardt puede aclararnos el panorama de aquella época aun inmadura del saber universitario en pleno auge renacentista: “La mayor parte de las universidades italianas recibió un impulso verdaderamente significativo a lo largo de los siglos XIII y XIV, cuando el progresivo enriquecimiento de todos los aspectos de la existencia empezó a exigir mayor atención hacia la formación intelectual. Al principio sólo había tres clases de cátedra: de derecho canónico, de derecho civil, y de medicina; pero con el tiempo se añadieron las de retórica, filosofía, y astronomía, ésta última muchas veces concebida en conjunción con la astrología. (...) Mas por lo general los puestos docentes se asignaban sólo por un curso, a veces por un semestre, y así los profesores solían llevar la misma vida errante que los actores_ aunque también se otorgaban puestos vitalicios_. (...) Entre las cátedras citadas, la de retórica era naturalmente la meta perseguida por los humanistas, dependiendo de su obtención del distinto grado de conocimientos adquiridos sobre la Antigüedad, cosa que también sucedía con la jurisprudencia, a medicina, la filosofía y la astronomía. Además, la consideración que se tenía hacia las ciencias era tan variable como las circunstancias externas de los profesores: no olvidemos que algunos médicos y jurisconsultos seguían recibiendo mayores honorarios, especialmente los segundos, en calidad de consejeros

de gobierno, que los empleaba en sus procesos y demandas”³. (Burckhardt, 2004:195-196).

La universidad renacentista si bien era intervenida por el Estado, jamás fue completamente absorbida por éste y por lo tanto los agentes mantenían cierto margen de independencia. Entonces, para abordar la problemática universitaria contemporánea tenemos que prestar atención a los estándares epistemológicos que demanda la época. En efecto, en la época del Renacimiento las ciencias aún no tienen la perfección en los métodos que emplean las modernas ciencias actuales, porque como vemos a partir de lo que expone Burckhardt la *Superstición* aún estaba muy presente en el ideario universitario y lógicamente condicionaba la estructuración de su saber. En efecto, con el advenimiento de la modernidad se impone un cambio en el método científico. La productividad técnica y científica de las universidades comienzan a operar con una concepción de ciencia atendida al desarrollo productivo del mercado y así se modifican los estándares epistemológicos que caracterizan su actividad.

Dando un salto a nuestros días a partir de la estructuración del saber acaecida durante el siglo XIX, vemos que carreras universitarias como psicología, sociología, antropología, economía, etc., deben su existencia a las demandas técnicas que detona el advenimiento de la industria y la urbanización como condicionantes de mercado que alteraron fuertemente el desarrollo de la concepción científica de la universidad en pleno desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo. Ahora bien, el historiador británico Eric Hobsbawm puede darnos una idea clara de la producción técnica que caracteriza al saber universitario en pleno desarrollo de las ciencias modernas que se lograron estabilizar sólo en la segunda mitad del siglo XIX y no antes: “El evolucionismo relaciona las ciencias naturales con las ciencias humanas o sociales, aunque éste último término es anacrónico. No obstante, por primera vez, se hizo sentir la necesidad de una ciencia específica y general (distinta de las diversas e importantes disciplinas especiales que ya se ocupaban de los asuntos humanos). La Asociación Británica para la promoción de la ciencia social (1857) simplemente tenía por único y modesto objetivo aplicar los métodos científicos a la reforma social. Sin embargo, la sociología, término inventado por Augusto Comte en 1839 y popularizado por Herbert Spenser (que ya había escrito un libro sobre los principios de esta y muchas otras ciencias, 1876), fue objeto de muchos comentarios. Hacia finales de este periodo no había dado lugar ni a una disciplina reconocida, ni a un tema de enseñanza universitaria. Por otra parte el amplio y análogo campo de la antropología surgió con rapidez, como una ciencia

³ De hecho Burckhardt en esta obra explica la situación docente y la regulación del capital por parte del Estado.

reconocida, independiente del derecho y la filosofía (...) La fundación de la Sociedad Antropológica de París (1859) fue seguida de una notable explosión de interés en la década de 1860, cuando se fundaron asociaciones similares en Londres, Madrid, Moscú, Florencia, Berlín. La psicología (otro vocablo de reciente acuñación, esta vez por John Stuart Mill) se encontraba aun ligada a la filosofía, la *Mental and Moral Science*, de A. Bain (1868) la relacionaba aun con la ética, pero fue tomando una creciente orientación experimental en W. Wundt (1832-1920), que había sido ayudante del gran Helmholtz. En la década de 1870 era ya una disciplina aceptada sin discusión en las universidades alemanas". (Hobsbawm, 2005: 270).

Así se muestra cómo el desarrollo epistemológico de la universidad se vincula a partir del siglo XIX de manera muy estrecha con las demandas sociales en términos de mercado. Entonces, no se trata de que el desarrollo científico obtenga legitimidad únicamente dentro del ámbito universitario, sino también y en mayor medida, se trata de prever los efectos pragmáticos que demanda el mercado global como segunda instancia que otorga legitimidad a los criterios científicos que se fomentan.

De todos modos, retomemos la posición de la universidad en la dialéctica entre Estado y sociedad que fomenta la época actual, pero intentemos pensar cómo las demandas productivas de la sociedad obligan a modificar sustancialmente los contenidos educativos de las universidades. Las ciencias emergentes en pleno desarrollo y hermanadas con el "progreso civil" se vuelven estrictamente positivistas. Sin embargo, esta situación no es ajena a la realidad social y lo que se prepara en el ámbito universitario a lo largo del siglo XIX, es una consecuencia directa de las demandas de producción del mercado ya fuertemente dinamizado. En efecto, la modernidad marcada en primer término por la Revolución industrial inglesa (1787) que acelera intensamente la producción del acero y con él la industria ferroviaria que se extienden incluso hasta América, tiene un impacto pragmático de gran alcance que logra facilitar los accesos de millares de personas a las grandes ciudades para estabilizar la urbanización moderna. Y, por otra parte, la modernidad, marcada asimismo por la Revolución francesa (1789) acelera los procesos de democratización del saber facilitando las oportunidades y nivelando los accesos públicos a las universidades. Ambos momentos de la modernidad responden por un lado a un excedente de fuerzas productivas provenientes del ámbito civil entendido como un excedente de capital en la inversión de la industria ferroviaria y por otro lado a la democratización del saber en el marco de la Revolución francesa. Se procede así, en pos de una vinculación estrecha entre "progreso" civil y "saber científico" que permite una estructuración del poder público en la forma seminal de una *dialéctica* entre sociedad civil y Estado extensiva incluso hasta nuestros días.

Pero no debemos hacernos ilusiones y concluir que la dialéctica se resuelve armoniosamente al mejor estilo hegeliano, porque incluso el gran Nietzsche ante la crisis personal que sufrió en la época de Basilea en 1879, sólo pudo ser sostenido económicamente por un círculo de colegas que presentaron la tentativa de pensionar al filósofo en calidad de sus logros académicos y sus aún más relevantes méritos como persona en lo atinente a la moral y a la disciplina, lo que demuestra que por ese entonces no existía aún un sistema previsional capaz de sostener a los docentes fuera de servicios, por lo que el “caso Nietzsche”, constituye una excepción que es de gran utilidad remarcar en el presente artículo: “La despedida de Basilea, el abandono de la profesión, del cargo y de la sujeción que imponía el lugar, no significo para Nietzsche en absoluto un paso dentro del terreno de la libertad, dado que tal abandono no se debió a una libre decisión suya, sino a la fuerza mayor de la enfermedad. (...) Al principio Nietzsche no sabía exactamente, en absoluto, con cuánto dinero podía contar. Primero, sólo tenía asegurados los 1.000 francos del fondo huesleriano. El 6 de julio informa a la hermana “La regencia ha concedido también 1.000 francos anuales durante 6 años; tendré por tanto, 2.000 francos en total, techo al que debo ajustarme.” Cuando el 19 de Julio Overbeck puede comunicarle: “...me refiero a la decisión de la sociedad académica, ... de participar en tu pensión con 1.000 francos anuales durante 6 años, de modo que ésta se coloca ahora en 3.000 francos”, Nietzsche le contesta el 24 de julio: “*La sociedad académica me ha sorprendido extremadamente por su amabilidad. Soy tratado tan bien como si lo mereciera.*” (Janz, 1985: 9-19. Las cursivas son nuestras).

En efecto, en aquella época aún los mismos actores de la universidad no tomaban conciencia siquiera de los beneficios públicos en términos de sistema previsional que luego se asentaron definitivamente sobre la estructura universitaria, y por eso la sorpresa de Nietzsche ante el proceder de la comunidad académica de Basilea que, como ya dijimos es excepcional y por ello lo incluimos aquí como ejemplo. Conste que el sistema previsional de la universidad es una premisa originada recién en el siglo XX, y que se relaciona con el advenimiento del *Estado de bienestar* luego de la segunda guerra mundial. Si bien no podemos reproducir la situación de la universidad en el siglo XX, contentémonos con remarcar que ha sido totalmente absorbida por el Estado, porque, es importante aclarar que todos los cargos públicos de las universidades incluidas las cátedras docentes son en nuestros días absolutamente vitalicios y regulados por políticas públicas, lo que lógicamente complica no sólo el acceso de los agentes sino también y en mayor medida la producción científica que fomenta. Ante todo, debemos decir que el aspecto crítico no rebasa ciertos límites ante los cuales se detiene, y ello por estricta razones de mercado. Por ello, la universidad se ve implicada en las demandas de producción de mercado y tiene que ajustar su concepción científica precisamente en

esas vías.

Como es sabido, tras el fracaso de la ideología marxista y desde principios del siglo XX la universidad sufrió alteraciones en sus contenidos académicos cuyas consecuencias son notorias en nuestros días, donde por supuesto, se alteró concretamente la concepción científica propiciando sus investigaciones en dirección al mercado, sin posibles resistencias. Señalamos que si bien la concepción científica de la universidad se ocupa en la actualidad de las demandas de mercado, no por ello sus investigaciones epistemológicas implican objetividad, dado que el método dialéctico que proporcionó Marx consistía en una cuestión de orden práctico con serias implicancias y efectos decisivos en el mercado en cuanto tal. Sin embargo, a medida que fue perdiendo credibilidad la ideología marxista a lo largo del siglo XX la concepción científica que fomenta la universidad perdió asimismo su carácter práctico. No nos interesa aquí resaltar las luchas y colisiones sociales sino solo exponer bajo qué circunstancias los contenidos educativos en términos de estándares epistemológicos obedecen a las lógicas del mercado global, por lo que solo hacemos una breve referencia a ellas para elucidar de qué modo contribuyen a posibilitar la dialéctica entre sociedad y Estado.

Ahora bien, en la coyuntura del siglo XX Bourdieu ha estudiado las luchas de apropiación capital acaecidas dentro de un determinado *campo* lo cual incluye lógicamente el análisis de las universidades, pero lo hizo prestando sólo atención a elementos capaces de ser integrados e interpretados bajo la lógica marxista del análisis sociológico. En cambio, Foucault, caracterizado por su carácter neutral, puesto que no se define a sí mismo como alguien que hace una obra, ni se autodefine como un filósofo o un escritor, siendo en realidad un investigador, puede ayudarnos a esclarecer el panorama del desarrollo epistemológico universitario del siglo XX tras la estructuración del saber en el siglo XIX, un desarrollo hermanado fuertemente con la lógica del mercado global que demanda alterar los contenidos académicos en términos de investigación y producción epistemológica tras el fracaso de las revoluciones e ideologías marxistas. A continuación reproducimos la ruptura en curso que tuvo lugar en la epistemología universitaria del siglo XX y que supone un cambio de paradigma en los estandartes epistemológicos, si bien la cita es extensa, merece ser reproducida porque resume gran parte de las polémicas que atraviesa la dialéctica entre Estado y sociedad civil en relación a las demandas de mercado que involucran al saber universitario.

“He mencionado asimismo algunas referencias biográficas para mostrarles también algo que, acaso, merecería estudiarse con un poco de detenimiento (esto para quiénes se interesan en la Alemania contemporánea). Me refiero a la curiosa contigüidad, algo así como un paralelismo, entre lo que llamamos escuela de Friburgo, u ordoliberales, y sus vecinos, de alguna manera, de la

Escuela de Fráncfort. Paralelismo en las fechas, paralelismo también en el destino, pues al menos una parte de los miembros de la primera se vieron obligados, como los integrantes de la segunda, a dispersarse y marchar al exilio. El mismo tipo de experiencia política y el mismo punto de partida, porque me parece que unos y otros, tanto la Escuela de Friburgo como la Escuela de Fráncfort, habían partido en líneas generales de una problemática_ *estuve a punto de decir político universitaria*_ que era dominante en la Alemania de principios del siglo XIX y que puede denominarse weberismo, en cierto modo. En fin, me refiero a Max Weber, que sirve a unos y a otros de punto de partida y de quien podría decirse, para esquematizar de una manera drástica su posición, que en Alemania, a comienzos del siglo XX, actúa a grandes rasgos como la persona que ha desplazado el problema de Marx. Si éste último procuró definir y analizar lo que podríamos llamar en pocas palabras la lógica contradictoria del capital, el problema de Max Weber y lo que introdujo, a la vez en la reflexión sociológica, la reflexión económica y la reflexión política alemana, no es tanto el problema de la lógica contradictoria del capital como el de la racionalidad irracional de la sociedad capitalista. Ese paso del capital al capitalismo, de la lógica de la contradicción a la división de lo racional y lo irracional, es a mi juicio_ y vuelvo a ser muy esquemático_ lo que caracteriza el problema de Max Weber y puede decirse en términos generales que tanto la Escuela de Fráncfort como la Escuela de Friburgo, tanto Horkheimer⁴ como Eucken⁵, retomaron ese problema simplemente en dos sentidos diferentes, dos direcciones diferentes, porque_ en forma esquemática otra vez_ el problema de la Escuela de Fráncfort era determinar cuál podría ser la nueva racionalidad social capaz de definirse y formarse con el objeto de anular la irracionalidad económica. En cambio, el desciframiento de esa racionalidad irracional del capitalismo, que era también el problema de la Escuela de Friburgo, gente como Eucken, Ropke, etc., van a intentar resolverlo de otro modo. No se tratará de encontrar, inventar, definir la nueva forma de racionalidad social, sino de definir o redefinir o recuperar la racionalidad económica que permita anular la irracionalidad social del capitalismo. Entonces, dos caminos, si se quiere, inversos para resolver el mismo problema." (Foucault, 2007: 133-134).

⁴ Max Horkheimer (1891-1973): cofundador del *Institut für Sozialforschung* (Instituto de Investigaciones Sociales), creado en Fráncfort en 1923, que él reorganizó a partir de 1931.

⁵ Walter Eucken (1891-1950) máxima autoridad de la escuela neoliberal alemana (Escuela de Friburgo). Obtuvo un cargo de profesor en Tubinga en 1925 y después en Friburgo en 1927, donde permaneció hasta su muerte.

En efecto, el desplazamiento de Marx por Weber no es gratuito. La concepción científica de Weber basada en la *racionalidad* pierde, en efecto, su vinculación objetiva al mercado donde lógicamente orbita el capital y opera con categorías que tienden a armonizar las contradicciones inherentes a la dialéctica entre sociedad y Estado *en* los propios *sujetos* y no *en* el *mercado* como tal. En este sentido Foucault es importante porque relaciona la producción científica de la universidad, *_en* este caso alemana, aunque no por ello puede pensarse que ambas escuelas no tuvieron asimismo una fuerte incidencia en la programación del saber en otras universidades europeas e incluso en universidades latinoamericanas_ con los estandartes epistemológicos que demanda el mercado en el siglo XX. Intentemos trazar un pequeño itinerario histórico que visualice la tendencia epistemológica del mercado que luego se hará extensiva a las universidades. En efecto, si el siglo XVIII en la obra de Saint-Simon muestra cómo el “progreso” técnico de la sociedad involucraba al saber científico fomentando una idea empresarial del mismo; y, por su parte el siglo XIX atravesado ya por la irrupción de la obra de Marx pone de manifiesto que *significaba* esa implicancia en la emergencia de las luchas de clases sociales que la Ilustración había desarrollado; ya el siglo XX en la obra de Martin Heidegger profetiza la crisis que se avecinaba, con efectos catastróficos, según el autor alemán, para el saber humanístico que es ampliamente desplazado por el saber técnico en la comunión entre “progreso civil” y “saber técnico” fomentado por la nueva concepción científica, tal como es sabido. Pero aquí, cambia la posición del saber dentro de la lógica universitaria que, con la victoria del *positivismo* en las ciencias se confina a las sombras al saber humanístico, el cual, si quiere sobrevivir, tiene que adaptarse a las demandas que el nuevo concepto de ciencia exige en plena concomitancia con las demandas del mercado globalizado. De hecho, el debate contemporáneo que atraviesa la universidad se cristaliza en la forma de armonizar la dialéctica entre Estado y sociedad civil pero en vías de estabilizar la producción científica con el humanismo actual. Ambos momentos constituyen relevante importancia en la actualidad y no pueden considerarse aislados.

Habrá que tener presente que el Estado luego de la segunda guerra mundial se transforma en un Estado de bienestar y con ello cambia su posicionamiento dialéctico frente a la sociedad. No es que se armonicen las luchas sociales sino que cambian su sentido crítico, como consecuencia del fracaso de la ideología marxista. Luego, en los umbrales del mayo francés se anuncia la disolución definitiva de la resistencia a los avatares del capitalismo. Su consecuencia inmediata fue que la universidad funcione de modo empresarial pero manteniendo la participación democrática de sus actores, obligada a partir de entonces a satisfacer las demandas del mercado globalizado que modifica la *dialéctica* en un doble sentido que es importante remarcar: de él emergen las

demandas en términos de producción social fomentadas por el saber universitario, a él se dirigen y se disponen la mayor parte de los saberes que estructura la universidad como institución de bienestar público, tras la absorción definitiva que sufre con la asunción del Estado de bienestar.

Ahora bien, muy distinto es lo que sucede con las personas en su carácter de actores activos y públicos dentro del ámbito universitario. Aun cuando entre los actores de la universidad y su vinculación en términos de prestigio social y de lucha por el reconocimiento sea ineludible, no pueden eludir bajo presión de ser excluidos siempre del campo universitario los mandatos públicos que se demandan y que son fuertemente regulados por las exigencias del mercado global. En el caso de la producción científica por ejemplo, los criterios editoriales fomentados por un saber técnico provienen efectivamente de las demandas sociales y contornea los límites en que deben convivir los diferentes programas educativos. El mercado global se extiende así sobre la productividad universitaria del saber, y sus demandas no pueden pasar desapercibidas por la comunidad académica. En nuestro caso, es decir en el ámbito humanístico que involucra un saber filosófico, el requerimiento *científico* que pesa sobre los criterios de publicación es tan fuerte, que obliga a los agentes participativos a complicar los *argumentos* y *conceptos* más ajenos al liberalismo y a la neutralidad de valores tan característicos del saber técnico con las exigencias del mercado globalizado que demanda sin embargo su producción, donde, el lector interesado, se encontrará con la *materialización* de innumerables artículos críticos a las exigencias del liberalismo cuya circulación no puede atravesar realmente el umbral de la comunidad universitaria, de tal modo, que resulta imposible que la sociedad civil se beneficie realmente con ellos. No existe una recepción científica fuera de la universidad y sin embargo, la concepción científica que fomenta la universidad viene demandada por la productividad técnica del mercado social.

Por su parte, la gran mayoría de actores universitarios se pliegan a las normas y a las reglas que modelan su saber, porque no pueden doblegar las exigencias del mercado global, el cual demanda un concepto de ciencia absolutamente tecnificado. Por ello mismo, los análisis de Foucault que vimos resultan relevantes para expresar el debate contemporáneo en lo que a la epistemología se refiere, porque explican cómo tras el desplazamiento de Marx y el remplazo por Weber en las universidades se muestra que las contradicciones inherentes al capitalismo no toman como objeto al capital en sí mismo, sino que intentan explicar una nueva contradicción (racional e irracional) de los sujetos tomando como objeto a la sociedad capitalista. Ello lesiona efectivamente los estándares epistemológicos que involucran un saber científico, ya que no se toman por

objeto precisamente las contradicciones que demanda un saber atendido al capital en el mercado, sino que se complican las exigencias científicas que elaboran los agentes en términos de racionalidad e irracionalidad respecto a su propia elaboración y producción científica dentro de la comunidad universitaria, en tanto que parte de la sociedad capitalista. Esta situación explica porque un concepto de ciencia objetivo, esto es, sin apelaciones de valores por parte de los agentes universitarios en sus respectivas producciones científicas, proviene efectivamente de las exigencias del mercado globalizado, tras la victoria del positivismo en las ciencias. Por último, la reflexión sobre la ciencia en el debate contemporáneo tiene que ser retomada como categoría central de análisis en el campo epistemológico, ya que la ciencia en cuanto que es un método implica siempre un efecto práctico.

BIBLIOGRAFIA

- BURCKHARDT, J (2004). *La cultura de renacimiento en Italia*. Madrid: Akal.
- FOUCAULT, M (2007). *El nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- HOBBSBAWM, E (1962). *La Era de la Revolución: 1789-1848*. México: Fondo de Cultura Económica.
- JANZ, P (1985). *Friedrich Nietzsche, tomo 3*. Madrid: Alianza.